

dan lugar a estos escritos con gran ecuanimidad y nos presenta las ideas de Molina, Suárez y Báñez, mostrando bien sus puntos de vista personales y las diferencias entre ellos. Teniendo en cuenta que el parecer de Báñez ha sido tantas veces desfigurado, creo que es de señalar la relación de nuestro autor. Con aguda penetración filosófica, Sgarro descubre que es una visión completamente divergente de la ontología la que explica las irreconciliables diferencias entre los jesuitas y el tomismo más clásico: “Parece evidente el diverso punto de partida de Molina y Báñez. El molinismo aparece como la concreción de un largo recorrido que, desde Escoto en adelante, a través de la aseveración de la dimensión ontológica unívoca del ente, llega hasta la idea del *agens liberum*” (p. 54). Frente a esta visión centrada en el “sujeto”, Báñez representa “la definición de un sistema de reactualización del pensamiento de Tomás como presupuesto de una filosofía capaz de construir un sistema abierto a la trascendencia mediante la noción de existencia. [...] La diferencia de presupuestos ontológicos entre el pensamiento de uno y otro los vuelve sustancialmente incommensurables” (pp. 56-57). En definitiva, no se trata meramente de un problema de diferentes actitudes teológicas frente al humanismo y la reciente crisis protestante, sino de la confrontación entre dos planteamientos metafísicos del todo incompatibles.

No cabe sino felicitar de la aparición de este volumen, que contribuye a divulgar el pensamiento español fuera de nuestras fronteras, en especial una de sus facetas menos conocidas. Además, muestra la envergadura filosófica de una discusión protagonizada por dos grandes gigantes del pensamiento. Por fin, el estudio introductorio de Sgarro no es sólo útil como fuente de información historiográfica, sino que representa además una excelente reflexión filosófica sobre la problemática abordada en la polémica.

David Torrijos Castrillejo  
Universidad Eclesiástica San Dámaso

## TEOLOGÍA

Ricardo CUADRADO TAPIA. *Dignidad de los Enfermos*. Madrid: Editorial El Perpetuo Socorro, 2018. 21 x 15,1 cm, 125 pp. ISBN 978-84-284-0803-5.

Una reflexión que hace el autor de este libro y que hace pensar al lector es que si Jesús en los Evangelios hace de sus predilectos a los enfermos, puesto que les dedica la mayor parte de sus milagros en curarles, escucharles, hablarles, tocarles, preguntarles y amarles, liberarles, defenderles, darles la dignidad que estaba en entredicho en su cultura y en su tiempo, devolverles a su familia (Mc 2,11-12), comunidad y amigos ya reestablecidos, etc. es porque sin duda los enfermos son destinatarios de su palabra, sus sufrimientos reclaman una respuesta de su creador y redentor. Y vaya si da esa respuesta,

como “médico” de almas y cuerpos, como médico interior, y con el ejemplo de su vida entregada libremente por la redención del mundo, como “paciente”, varón de dolores y experto en el sufrimiento (Is 53,3), sabiendo que en manos del Padre todo tiene sentido y que Dios no le abandonará a pesar de las pruebas en esta vida por duras que sean. Jesús no pasó de largo ante el enfermo, sino que se paró ante sus gritos (Mc 10,46-52). Jesús cura a los enfermos y estos le siguen (Lc 8,1-2). Jesús, curando, es signo de que Dios no abandona a los enfermos y de que ha llegado el reino de Dios (Mt 12,22-23.28). Jesús es cercano a los enfermos y los toca con sus manos (Mt 9,28-30). Jesús no solo cura al enfermo, sino que anima y conforta a sus familiares (Lc 7,12-13).

Ricardo Cuadrado Tapia es autor de unos de 170 libros en distintas editoriales en España, siendo el escritor dominico más prolífico en lengua española en nuestros días.

El libro parte de la reflexión de que el sufrimiento en sí no es criatura de Dios ni es un bien, sino un mal a erradicar si podemos, pues en cuanto mal no procede de Dios.

Pero Dios tolera el sufrimiento porque ha creado al hombre libre, y el hombre es la raíz del sufrimiento por usar mal de su libertad, por descender de Adán, por el cual se introdujo el sufrimiento en el mundo, como explica San Pablo. “El sufrimiento es la puerta real para entrar en el cielo” (San Francisco de Sales). “Vuestro sufrimiento tiene un valor sobrenatural” (San Juan Pablo II). María, madre y modelo de la Iglesia, es invocada como “*Salus infirmorum*” (“Salud de los enfermos”). La doble misión que Jesús confió a la Iglesia: evangelizar a los pueblos y cuidar a los enfermos en el cuerpo y en el espíritu.

El autor del libro nos dice que la dignidad de los enfermos está en que puedan descubrir en su sufrimiento su dignidad y su misión, y así puedan sufrir menos y mejor. Hace ver las ventajas y los beneficios de todo sufrimiento por amor, pues Dios no se desentiende de él sino que lo toma sobre sí en su Hijo Jesucristo. Éste no solo nos redimió sino que redimió el sufrimiento, y lo que era efecto del pecado ahora se convierte en fuente de gracia y salvación, de vida eterna. Jesús pasó curando a todos los oprimidos por el diablo (Hch 10,38).

El Concilio Vaticano II dice que la misión de los enfermos es aplicar la redención de Cristo ayudando a los hombres en su salvación. La Iglesia abraza con su amor a todos los afligidos por la debilidad humana, y reconoce en los pobres y en los que sufren la imagen de su Fundador pobre y paciente (LG).

El enfermo cristiano no diviniza el sufrimiento ni lo atribuye a Dios, pero acepta los grandes bienes que puede sacar del sufrimiento. Por esto es preferido del reino de Dios, hermano de Cristo paciente, testigo de Dios, corredentor con Cristo, gran bienhechor de la humanidad, verdadero apóstol del reino de Dios. Por ello hay que honrar la dignidad y sacralidad de la persona enferma imagen de Cristo, por encima de sus achaques y limitaciones.

Tu sufrimiento aceptado con amor y según el espíritu, te constituye en una nueva humanidad sobreañadida de Cristo. El sufrimiento con amor es escuela acelerada de

santificación, pues la santidad consiste en amar mucho. Es necesario que el enfermo sea tratado como hijo de Dios, como artesano de la redención, como el gran artesano de la aplicación de la redención, pues esta es la vocación del enfermo. Si eres cristiano, debes saber desde tu fe, que Cristo está vivo y presente en toda persona enferma. Jesús ayuda a los enfermos a liberarse del pecado y reconciliarse con Dios. “Porque eres agradable a Dios, fue necesario que pasaras la prueba del sufrimiento” (Tb 12,13). “Porque os ha sido otorgado no solo creer en Cristo, sino también padecer por Él” (Flp 29). “Me alegro de mis padecimientos por vosotros” (Col 1,8-24). Existe una íntima relación entre la Cruz de Jesús, símbolo del dolor supremo y precio de nuestra verdadera libertad, y nuestros dolores, sufrimientos, aflicciones, penas y tormentos; el que sufre con estos sentimientos contribuye con sus sentimientos a la Salvación de todos. “Confíad en que vuestros sufrimientos, unidos a los de Cristo, resultarán fecundos para las necesidades de la Iglesia y del mundo” (San Juan Pablo II). El gran amor de Jesús es que el enfermo sea samaritano de los sanos. El enfermo evangeliza cuando vive con sentido cristiano cada una de las etapas de su enfermedad; cuando pone ante los sanos cada cosa en su sitio: lo importante como importante, lo relativo como secundario. Y Jesús nos dirá: “Estuve enfermo y me visitaste”.

El enfermo debe ser tratado como una persona y no como un objeto, como alguien y no como algo, pues Dios ama al que da con alegría (cf. 2 Co 9,7). La ciencia y la técnica llegan hasta un nivel, pero hay un vacío, que solo la familia puede llenar con su cariño y su apoyo. El enfermo es sujeto activo y responsable de la evangelización.

María, la Virgen de los Dolores, corredime el mundo al sufrir con amor y unida a los planes de su Hijo paciente, y al cooperar “a la restauración de la vida sobrenatural en las almas” (San Pablo VI). La comunidad de Jesús, la Santa Iglesia Católica, siempre ha considerado a los enfermos como “sus hijos preferidos”, sus “grandes apóstoles y evangelizadores”. Cristo asumió el sufrimiento con amor como medio para librar a los hombres del pecado y de la opresión del demonio. El papel que Dios ha asignado al sufrimiento, después de que su Hijo predilecto lo “tomó sobre sí”, es ser instrumento certero de redención y santificación individual y eclesial. El cielo y la vida eterna se me dará por haber sufrido con amor, pues “¿no era preciso que Cristo soportara todos estos padecimientos para entrar en su gloria?” (Lc 24,26), y “es doctrina segura: si padecemos con Él (Cristo), también con Él viviremos. Si sufrimos con Él, con Él reinaremos” (2 Tm 2,11-12). “Sois los hermanos de Cristo paciente, y con Él, si queréis, salváis al mundo” (Vaticano II, Mensaje a los enfermos, 6). “En la cruz de Cristo no solo se ha cumplido la redención mediante el sufrimiento, sino que el mismo sufrimiento humano ha quedado redimido” (San Juan Pablo II, SD 19). Algo tendrá el sufrimiento cuando Jesús lo escogió para hacer su mayor apostolado: redimirnos. La santidad consiste en amar mucho, este es el medio para llegar a la perfección (cf. Santa Teresita del Niño Jesús). Jesús llama a todo enfermo, a toda persona que sufre, a colaborar con Él en la salvación del mundo. El sufrimiento con amor se presenta como la gran moneda para

pagar mi pena temporal. Si no puedo erradicarlo de mi vida, lo quiero hacer como Jesús de Nazaret instrumento de gracia y de redención. El sufrimiento lo alcanza todo de Dios, es el mayor apostolado que puede hacer una persona humana. Debemos luchar contra el sufrimiento, para erradicarlo de mi vida y de la vida de los míos, por ser un mal; pero si no puedo, debo convertirlo en instrumento de redención, en sacramento de gracia y de santificación individual y eclesial gloriosa. Así me convierto en colaborador de Cristo en la distribución de la nueva vida, unido a su mismo sacrificio. San Pablo se alegra de tomar parte en la redención del mundo, por la redención hecha por Jesús por medio de sus sufrimientos; por eso se gloria en las tribulaciones (Rm 5,3-5), se complace en las enfermedades (2 Co 12,10) y considera el sufrimiento como una gracia (Flp 1,29). Yo también debo ser corredentor como María, sufriendo con amor y uniendo mis dolores o sufrimientos a la Pasión de Cristo. Que la Virgen María participó en la obra de la redención, desde su sufrimiento, es doctrina clara en los Papas y en el Concilio Vaticano II (LG 61). “Una vida sin cruz es una vida sin amor” (Santa Margarita María). “Señor, no deseo ni curar ni estar enfermo. Quiero únicamente lo que tú quieras” (San Alfonso de Liguori). “Los ángeles nos envidian porque sufrimos por Dios. Ellos nunca han sufrido por Él” (San Francisco de Sales). “Nada honra tanto al hombre, como la paciencia en las enfermedades” (San Juan Crisóstomo). El sufrimiento humilla y molesta, pero hace brotar las virtudes. La adversidad es el camino más corto para la santidad. Jesús cuenta con mi sufrimiento, ofrecido con amor, para aplicar su redención. Cuenta con mis sufrimientos para hacer obras maravillosas. Los enfermos nos evangelizan porque, con su actitud, nos ayudan a vivir y recuperar los valores fundamentales del Evangelio: la gratitud, la fuerza del amor, la ternura, la esperanza. En la cruz de Cristo no solo se ha cumplido la redención mediante el sufrimiento, sino que el mismo sufrimiento humano ha quedado redimido. “Se salvan más almas con el dolor, que con los más brillantes sermones” (Santa Teresita de Lisieux). La postura de Dios ante el pecado y ante el sufrimiento es redimirlo. Dios quiere liberar al hombre del sufrimiento. Cristo curando a las multitudes de enfermos muestra claramente este deseo de Dios. Este gesto de curar a los enfermos es uno de los signos privilegiados que Jesús ha encomendado a la Iglesia para manifestar la llegada del Reino de Jesús. Porque Jesús pasó haciendo el bien y curando a los oprimidos.

Jesús pone al enfermo en contacto con esa parte de su ser que todavía está sana y estimula lo mejor que hay dentro de la persona (Jn 5,1-9). Condena la vida religiosa y moral reducida a un frío legalismo, a un culto vacío, que olvida la justicia y el amor (Mt 15,7-9; 23,23-24). Jesús quiere que seamos responsables de nuestra salud (Jn 5,14). Jesús es la salud, irradia salud amando, liberando a las personas de lo que les oprime, poniendo paz y armonía en sus vidas y fomentando una convivencia más humana y fraterna. Jesús curó a muchos enfermos (Mt 4,24; Mc 1,34; Lc 7,21) y esto mismo mandó a sus discípulos: “curad enfermos” (Mt 10,8). Jesús afirma que el sufrimiento con amor es la puerta real para entrar en la gloria, en el cielo (Lc 9,22; 24,26-27). Cuando

estemos visitados por la enfermedad, sigamos llamando a Dios “Padre mío” como Jesús hizo en Getsemaní. Nuestra primera actitud ante el enfermo es ponernos en su lugar, meternos en su piel. En la salud y en la enfermedad, Dios es nuestro Padre. Cuanto hacemos al enfermo, se lo hacemos a Cristo. Jesús hace a los enfermos felices y agradecidos (Lc 8,2). Jesús es el buen samaritano que no pasó de largo ante los enfermos sino que les brindó ternura y cariño. Tratad a los enfermos como algo sagrado, como hijos de Dios, hermanos de Jesús de Nazaret. El que cree en Jesús, aunque muera vivirá, no morirá para siempre (cf. Jn 11,25-26). Es seguro que “si morimos con Cristo, viviremos con Él” (2 Tm 2,11).

Mariano Ruiz Espejo  
Universidad Católica San Antonio de Murcia

María Lourdes REDONDO. *Desafío profético. Vigencia de los institutos seculares*. Madrid: Fundación Universitaria Española, 2021, 242 pp.

Esta obra ve la luz como uno de los pocos escritos que existen sobre la secularidad consagrada. Está compuesto por un prólogo, a cargo de Dña. Lydia Jiménez, Vicepresidenta de la Fundación Universitaria Española. Un prólogo del Secretario de la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y Sociedades de Vida Apostólica, Fr. José Rodríguez Carballo, OFM, un comentario iconográfico a la Sagrada Familia de Barcelona, que aparece en la portada de la obra, por María Rodríguez Velasco, de la Universidad CEU San Pablo, y la introducción, diez capítulos y conclusión de María Lourdes Redondo, doctora en Filosofía.

Como bien se afirma en el prólogo: “Los Institutos seculares no son todavía bien conocidos ni comprendidos [...]” (p. 14), de ahí la importancia de este trabajo, que explica con claridad la coesencialidad de esta nueva forma de vida, aprobada por la Iglesia en 1947 con la *Provida Mater Ecclesia*, que aúna la consagración y la secularidad. La autora pone de manifiesto la actualidad y la misión de esta llamada, y sostiene que: “los consagrados seculares debemos ser conscientes de nuestra ‘hora’. Hemos nacido para estar en el siglo y para, desde el siglo, evangelizar” (p. 34). Y descubre la raíz de esta consagración en la Encarnación de Cristo mismo, Dios hecho hombre, secularizado para consagrar de nuevo al mundo.

En el capítulo primero se pregunta “¿Qué es ‘consagración’? Consagración y consagraciones” Respondiendo a la cuestión, que consiste en hacer sagrado a algo o a alguien. A este respecto, se destacan: la consagración de Cristo, el Bautismo, la vida consagrada y la unión con Dios en la eternidad. El capítulo segundo también está destinado a la clarificación conceptual. En esta ocasión, la Dra. Redondo hace referencia a los términos “Secular, secularismo y secularización”. En el tercer capítulo se nos ofrece una